

920
L.

CT144

L3

V.1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

MADRID. — Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

CRISTÓBAL COLON.

I.

No aparece Dios en el detalle de las cosas humanas, pero se revela en el conjunto. Ningun hombre sensato ha negado jamás que los acontecimientos que forman la vida histórica de la humanidad estuviesen reunidos, enlazados secretamente por hilo invisible que sostiene la omnipotente mano del Soberano ordenador de los mundos para concurrir a un designio, á un plan preconcebido. ¿Cómo había de ser ciego aquel que dió luz á los ojos? ¿Cómo había de estar destituido de pensamiento aquel que dió pensamiento á su criatura? Los antiguos llamaron Destino, Fatalidad al plan oculto absoluto, irresistible de Dios en las cosas humanas; los modernos le llaman Providencia, nombre mucho más inteligible, más religioso y más paternal.

Imposible es, al estudiar la historia de la humanidad, dejar de reconocer, encima y debajo de la acción libre del hombre, la acción soberana y trasparente de la Providencia; acción de conjunto y de

masas que en nada excluye la libertad de nuestros actos, que forma por sí sola la moralidad de los individuos y de los pueblos, que les deja moverse, obrar, extenderse con latitud completa de intención, de elección entre el bien y el mal, en determinada esfera de acción y con lógica consecuencia de penas incurridas ó de merecidas recompensas, según que su intención es más ó menos recta, más ó menos viciosa; pero á ella sola pertenecen los grandes resultados generales de los actos de los individuos ó de los pueblos; pareciendo como que se los reserva independientemente de nosotros, para los fines divinos que no conocemos y que solamente nos deja entrever cuando están casi realizados.

El bien y el mal son nuestros y nos pertenecen; pero la Providencia es superior á nuestras perversidades así como á nuestras virtudes, y de este bien y de este mal obtiene con sabiduría igualmente infalible la realización de sus designios sobre la humanidad. El oculto pero divino instrumento que usa esta Providencia cuando se digna servirse de los hombres para preparar ó realizar una parte de sus planes, es la inspiración. La inspiración es verdaderamente un misterio humano cuya fuente difícilmente podría encontrarse en el hombre, sino que parece proceder de más alto y de más lejos. Hé aquí por qué se le ha dado también un nombre misterioso, que en ningún idioma se define con claridad: genio. El genio es un don: no se adquiere por el trabajo, tampoco se obtiene por la virtud; existe ó no existe, sin que el mismo que lo posee pueda dar exacta cuenta de su naturaleza ni de su posesión. A este genio manda la Providencia una inspiración, inspiración que es al genio lo que el imán al acero. Atráele independientemente de toda conciencia y

de toda voluntad, hácia algo fatal y desconocido, como el polo. Sigue el genio la inspiración que le arrastra, y encuéntrase el mundo moral ó el mundo físico.

¡Este es Cristóbal Colón y el descubrimiento de América!

II.

Aspiraba Colón en su mente á completar el mundo, al que parecía faltaba una de sus mitades, y fundábase para esto en la necesidad de la unidad geométrica terrestre, necesidad que le trabajaba interiormente y á la vez era inspiración de su época. Existen ideas que flotan en el aire cual miasmas intelectuales y que respiran al mismo tiempo millares de hombres. Cada vez que la Providencia prepara el mundo, sin que éste se aperciba de ello, á una transformación religiosa, moral ó política, puede observarse casi regularmente este mismo fenómeno: una aspiración y tendencia más ó menos completa á la unidad del globo, por la conquista, por el idioma, por el proselitismo religioso, por la navegación, por los descubrimientos geográficos ó por la multiplicación de las relaciones entre los pueblos, por medio de la aproximación y contacto de estos mismos pueblos que vías de comunicación, necesidades y comercio funden en uno solo. En determinadas épocas, esta tendencia á la unidad del globo es uno de los hechos providenciales más visibles en los resultados de la historia.

Así, por ejemplo, cuando parece extenuada de vejez la gran civilización oriental de las Indias y del Egipto, y quiere Dios llamar al Asia y al Occidente

¿ civilización más joven, más móvil y activa, Alejandro parte sin saber por qué de los valles de Macedonia, arrastrando en pos las miradas y auxiliares de la Grecia, y bajo el terror y la gloria de su nombre, se convierte en uno sólo todo el mundo conocido, desde el Indo hasta el último extremo de Europa.

Cuando quiere preparar auditorio inmenso al transformador Verbo cristiano en Oriente y en Occidente, extiende el idioma, la dominación y las armas de Roma y de César, desde las riberas del golfo Pérsico hasta las montañas de Escocia, uniendo en un solo espíritu y en una sola creencia Italia, las Galias, la Gran Bretaña, Sicilia, Grecia, Africa y Asia.

Cuando algunos siglos después quiere arrancar á la barbarie la Arabia, la Persia y sus dominios, y hacer prevalecer el irresistible dogma de la unidad de Dios sobre las idolatrías y sobre las indiferencias de aquellas apartadas y corrompidas regiones del mundo, arma á Mahoma con el Corán y la espada, y permite al islamismo conquistar en dos siglos todo el espacio comprendido entre el Oxus y el Tajo, entre el Thibet y el Líbano, entre el Atlas y el Taurus, respondiendo anticipadamente inmensa unidad de imperio á inmensa unidad de idea.

Así sucede con Carlomagno en Occidente, cuando su monarquía universal, á uno y otro lado de los Alpes, prepara desde la Scitia y la Germania el inmenso lecho donde la civilización cristiana va á recibir y bautizar á los bárbaros.

Así sucede con la revolución francesa, reforma del mundo occidental por el raciocinio, cuando Napoleón, tan emprendedor como Alejandro, pasea sus victoriosos ejércitos por el continente dom-

ñado, establece por un momento la gran unidad de la Francia, y creyendo cimentar su imperio, sólo consigue en realidad arrojar las semillas del idioma, ideas é instituciones de la Revolución.

Así sucede en nuestros días, no ya bajo la forma de conquistas, sino bajo la de comunicaciones intelectuales, comerciales, pacíficas, entre todos los continentes y pueblos del globo, siendo la ciencia la conquistadora universal con gloria y provecho de todos. Parece que la Providencia ha encargado ahora al genio de la industria y de los descubrimientos prepararle la unidad del globo terrestre más completa que jamás reunió los tiempos, los espacios y los hombres en masa más compacta y asimilada. La navegación, la imprenta, el descubrimiento del vapor, esa fuerza económica é irresistible que lanza el hombre y sus ejércitos y sus mercancías tan lejos y tan pronto como su pensamiento; la construcción de los caminos de hierro, que allanan las montañas horadándolas, y que nivelan toda la tierra; el descubrimiento de los telégrafos eléctricos, que dan á las comunicaciones entre los dos hemisferios la instantaneidad del rayo; el descubrimiento de los globos aerostáticos, que buscan todavía su timón, pero que al fin harán navegable un elemento más universal y simple que el Océano; todas estas revelaciones de la Providencia casi contemporáneas por la inspiración del genio industrial, son medios de enlace, de concentración, de contracción del globo sobre sí mismo; instrumentos de aproximación y homogeneidad de los hombres entre sí. Tan evidentes y activos son estos medios, que es imposible no ver en ellos un plan de la Providencia, un paso hácia lo desconocido, y deducir que Dios prepara para nosotros y para nuestros descen-

dientes algun designio oculto aún á nuestra escasa vista; designio cuya realizacion prepara haciendo caminar al mundo hácia la unidad más poderosa, la unidad del pensamiento, que presagia alguna grande unidad de accion en lo porvenir.

Preparado estaba, y de esta manera, el espíritu del siglo xvi para alguna extraña manifestacion humana ó divina, cuando nació el grande hombre cuya historia vamos á referir. Esperábase algo, porque el espíritu humano tiene presentimientos que son vagas profecías de próximas realidades.

III.

En la primavera del año de 1474, en mitad del día, bajo un sol abrasador que calcinaba los caminos de Andalucía, por lo alto de una colina, como á media legua del puertecillo de Palos, viajaban á pié dos extranjeros, roto el calzado por el mucho andar, cubierta de polvo la ropa, en la que veíanse restos de antigua holgura, bañadas de sudor las frentes, y que al fin llegaron y se sentaron á la sombra del pórtico exterior de un convento pequeño llamado de Santa María de la Rábida. Hospitalidad pedían por ellos su aspecto y su cansancio. Eran en aquella época los conventos de los franciscanos hospederías de los viajeros á quienes la pobreza impedía acercarse á otros albergues. Aquellos dos viajeros llamaron la atencion de los frailes.

Uno de ellos era jóven, en plena edad viril, alto, robusto, majestuosa apostura, noble frente, fisonomía franca, mirada profunda y con graciosos y dulces labios. Sus cabellos, de color castaño claro en la niñez, se habian llenado prematuramente en la

parte de las sienes de las blancas hebras que producen las desgracias y el trabajo mental; alta era su frente, y su tez, ántes sonrosada, habia palidecido por el estudio, bronceándola el sol de la mar. Varonil era el timbre de su voz, sonoro y penetrante como el acento del hombre acostumbrado á profesar profundos pensamientos. En sus ademanes no se revelaba nada ligero ó irreflexivo, siendo graves y simétricos hasta sus menores movimientos, conociéndose que se respetaba modestamente á sí mismo ó que no obraba sino con la piadosa reserva del fiel en el templo, cual si se encontrase en presencia de Dios.

El otro era un niño de ocho á diez años. Sus facciones, más femeninas, pero robustecidas ya por las fatigas de la vida, tenían tanta semejanza con las de su compañero, que era imposible no suponerlo hijo ó hermano suyo.

IV.

Aquellos dos caminantes eran Cristóbal Colon y su hijo Diego. Compadecidos y curiosos los monjes ante el noble aspecto del padre y la gracia del niño, que contrastaban con la indigencia de su equipo, les hicieron entrar en el convento para ofrecerles el abrigo, el pan y el descanso que se daba á los peregrinos; y mientras Colon y su hijo refrescaban y recuperaban fuerzas con agua, pan y aceitunas de la mesa de la hospedería, los frailes notificaron al prior la llegada de los viajeros, manifestándole el interes que inspiraba su noble aspecto y lo que contrastaba este con su pobreza. Movido el prior por estas noticias, bajó á conversar con ellos.

El superior del convento de la Rábida era el padre

Juan Perez de Marchena, antiguo confesor de la reina doña Isabel, que con D. Fernando reinaba entonces en España. Hombre austero el P. Marchena, virtuoso, de ciencia y recogimiento, había preferido la sencillez de su claustro á los honores é intrigas de la corte; mereciendo por esto mismo mucho respeto en palacio y conservando grande influencia sobre la Reina. La Providencia habia guiado los pasos de Colon, para abrirle con mano poderosa, aunque invisible, las puertas del consejo, el oido y el corazon de los soberanos.

V.

El prior saludó al extranjero, acarició al niño, y preguntó con benevolencia qué circunstancias les obligaban á viajar á pié por los solitarios caminos de España y á pedir hospitalidad bajo el humilde techo de un monasterio pobre y aislado. Colon refirió su oscura vida, y expuso sus inmensos pensamientos ante el atento fraile; vida y pensamientos que no eran otra cosa que una esperanza y un sentimiento. Hé aquí lo que despues se supo.

VI.

Cristóbal Colon era hijo primogénito de un cardador de lanas de Génova, oficio ínfimo hoy, pero entonces profesion liberal y casi noble. En las repúblicas industriales y comerciales de Italia, los artesanos, orgullosos al encontrar ó inventar industrias, formaban corporaciones ennoblecidas por su mismo arte é importantes en el Estado. Colon habia nacido en 1436, y tenía dos hermanos. Bartolomé y Diego,

á quienes llamó despues para que le ayudasen en sus trabajos; teniendo tambien una hermana, la menor de la familia, que casó con un obrero de Génova, y á la que por mucho tiempo preservó su oscuridad del brillo é infortunio de sus hermanos.

Nuestros instintos nacen de los primeros espectáculos que la naturaleza ofrece á nuestros sentidos en los parajes en que vemos la luz, especialmente cuando estos espectáculos son majestuosos ó infinitos, como las montañas, el cielo y el mar. Nuestra imaginacion viene á ser como espejo de las primeras escenas que nos impresionan, y las primeras miradas del niño Colon contemplaron el cielo y el mar de Génova. Muy pronto la astronomía y la navegacion arrastraron sus pensamientos hácia aquellos dos espacios abiertos ante sus ojos, espacios que llenaba con sus sueños ántes de llenarlos con sus continentes y sus islas. Contemplativo, silencioso, de inclinacion piadosa desde sus más tiernos años, arrebatábale su genio á los espacios, no solamente para descubrir más, sino para adorar más. Lo que en último caso buscaba Colon en la obra divina era á Dios.

VII.

Su padre, hombre perspicaz y acomodado en su esfera, no resistió á la vocacion que con estudiosas inclinaciones manifestaba su hijo, enviándole á Pavia para que estudiase geometría, geografía, astronomía, astrología, ciencia imaginaria de aquel tiempo, y navegacion. Pronto traspasó su talento los límites de aquellas ciencias incompletas entonces, porque tenía un alma de las que van más allá

del término donde las vulgares se detienen diciendo basta. A los catorce años sabía cuanto se enseñaba en aquellas escuelas, y regresó á Génova con su familia, donde la profesion sedentaria de su padre no podia aprisionar sus inclinaciones. Durante muchos años navegó en buques de comercio, de guerra, de expediciones aventureras que los comerciantes de Génova armaban en el Mediterráneo para disputar sus flotas y sus puertos á los Españoles, á los Arabes, á los Mahometanos, especie de cruzadas perpetuas en las que el tráfico, la guerra y la religion hacian de las marinas de las repúblicas italianas escuelas de comercio, de lucro, de heroísmo y de santidad. Soldado, sabio y marinero á la vez, navegó Colon en los barcos que su patria prestaba al duque de Anjou para conquistar á Nápoles, en la flota que el rey de Nápoles mandó contra Túnez, en las escuadras genovesas que combatian á España. Dícese que obtuvo mandos de oscuras expediciones navales en la marina militar de su país; pero la historia le pierde de vista en estos principios de su vida. Su destino no era aquel; sentíase oprimido en aquellos pequeños mares y en aquellas cosas pequeñas; porque su pensamiento era más grande que su patria. Meditaba una conquista para la especie humana y no para una estrecha república de la Liguria.

VIII.

En el intervalo de aquellas expediciones encontraba Colon á la vez, en el estudio de su arte, satisfaccion de su gusto por la geomería y navegacion y recursos para la vida, dibujando, grabando

y vendiendo mapas marinos, alcanzando apénas este pequeño comercio á cubrir sus primeras necesidades. Pero no buscaba tanto el lucro como el progreso de la ciencia. Fijos continuamente en los astros y los mares su espíritu y sus sentidos, perseguía con el pensamiento el fin que él solo habia entrevisto.

Un naufragio en la rada de Lisboa, á consecuencia de un combate naval y del incendio de la galera que montaba, le fijó en Portugal. Lanzóse al agua para librarse de las llamas, asióse de un remo con una mano, y nadando con la otra, consiguió llegar á la orilla. Dominado entónces Portugal por la passion de los descubrimientos maritimos, convenia admirablemente á las inclinaciones de Colon, que esperaba encontrar allí ocasiones y medios para lanzarse á su placer al Océano; pero solamente halló el ingrato trabajo del geógrafo sedentario, la oscuridad y el amor. Asistiendo diariamente á los oficios religiosos en la iglesia de un convento de Lisboa, enamoróse de una educanda cuya belleza le impresionó. Aquella jóven era hija de un noble italiano que se encontraba al servicio de Portugal, y su padre la habia confiado al cuidado de las religiosas de aquel convento al partir para lejana expedicion naval. Llamábase doña Felipa de Palestrello. Impresionada ella á su vez por la belleza reflexiva y majestuosa del jóven extranjero que veia asistir diariamente á los oficios de la iglesia, sintió amor igual al que habia inspirado. Encontrándose los dos sin parientes, sin fortuna y en tierra extranjera, nada podia contrariar el atractivo que mutuamente experimentaban, y uniéronse en matrimonio confiando en la Providencia y el trabajo, único dote de Felipa y de su amante. Para mantener á su suegra

y á su esposa, continuaba Colon haciendo mapas y globos que, por su gran perfeccion, buscaban mucho los navegantes portugueses. Dicese que los papeles de su suegro, que su esposa le entregó, y sus correspondencias con el famoso geógrafo florentino Toscanelli, le suministraron nociones precisas sobre los lejanos mares de la India y medios para rectificar los elementos confusos ó fabulosos entónces de la navegacion.

Entregado completamente á su felicidad doméstica y á sus estudios geográficos, tuvo su primer hijo, al que dió el nombre de Diego en recuerdo de su hermano.

Su sociedad íntima la formaban marinos que habian regresado de lejanos viajes ó que soñaban con tierras desconocidas y rumbos no trazados aún en el Océano. Su taller de mapas y globos era foco de ideas, de conjeturas y proyectos que alimentaban constantemente su presentimiento acerca de algo grande y desconocido en el globo. Su esposa, hija y hermana de marinos, participaba de su entusiasmo. Al trabajar Colon en redondear sus globos y situar en sus mapas las islas y continentes, hirió sus ojos el inmenso vacío que quedaba en medio del Océano Atlántico, pareciéndole que faltaba allí á la tierra el contrapeso de un continente. Rumores vagos, maravillosos y hasta terribles hablaban á la imaginacion de los navegantes de costas entrevistas desde las cimas de los Azores, de islas inmóviles ó flotantes que aparecian en dias serenos, pero que desaparecian ó se alejaban cuando temerarios pilotos pretendian acercarse á ellas. Marco Polo, navegante veneciano, a quien se consideraba entónces como inventor de fábulas, pero cuya veracidad se ha reconocido despues, referia á Occidente las maravi-

llas de los continentes, estados y civilizaciones de la Tartaria, de la India y de la China que se suponía extenderse allí donde en realidad se encuentran las dos Américas. El mismo Colon se lisonjeaba de encontrar en el extremo del Atlántico los países del oro, de las perlas, de la mirra, de los que obtenia sus riquezas Salomon, aquel Ophir de la Biblia, velado despues por las nieblas de lo lejano y maravilloso. No buscaba un continente nuevo, sino un continente perdido. El atractivo de lo falso lo llevaba á la verdad.

Calculando segun Ptolomeo y los geógrafos árabes, suponía que la tierra era un globo cuyo derredor podia seguirse por completo; suponía, además, las dimensiones de este globo con algunos millares de leguas ménos de lo que realmente tienen; deduciendo de aquí que la extension de mar que habia que recorrer para llegar á aquellas tierras desconocidas de la India, no era tan inmensa como creían los navegantes. La extension de estas tierras quedaba confirmada para él por el testimonio de los pilotos que se habian aventurado más allá de las Azores; habiendo visto unos flotar sobre las olas ramas de árboles desconocidos en Occidente; otros, pedazos de maderas talladas, pero que no manifestaban huellas de herramientas de hierro; éstos, abetos monstruosos vaciados para formar canoas de una sola pieza, que podian llevar ochenta remeros; aquéllos, bejucos gigantescos; otros, en fin, cadáveres de hombres blancos ó cobrizos, cuyas facciones en nada recordaban las razas occidentales, asiáticas ó africanas.

Todos estos restos que de tiempo en tiempo flotaban á consecuencia de las tempestades del Océano, y ese inexplicable vago instinto que procede

siempre á las realidades, como la sombra precede al cuerpo cuando tenemos el sol á la espalda, anunciaban maravillas al vulgo y revelaban á Colon la existencia de tierras al otro lado de las playas trazadas por mano de los geógrafos en el mapa-mundi; si bien estaba convencido de que aquellas tierras no eran otra cosa que prolongacion del Asia, que llenaba más de la tercera parte de la circunferencia del globo. Esta circunferencia, desconocida entonces á los filósofos y geómetras, entregaba al campo de las conjeturas la existencia de aquel Océano que era necesario atravesar para llegar á aquella Asia imaginaria: extension que creian algunos inconmensurable; figurándose los otros como una especie de éter profundo y sin límites en el que se perderian los navegantes, como hoy los aeronautas en los desiertos del firmamento. Ignorando el mayor número las leyes de la gravedad y de la atraccion que llaman los cuerpos al centro, y sin embargo, admitiendo ya la redondez de la tierra, creian que los buques ú hombres á quienes el azar llevase á los antípodas, se desprenderian para caer en los abismos del espacio. Desconocian igualmente las leyes que dirigen los niveles y movimientos del Océano, y se representaban el mar, más allá de cierto horizonte determinado por las islas conocidas, como una especie de caos líquido, cuyas desmesuradas olas se alzaban cual inaccesibles montañas, abriendo abismos sin fondo, precipitándose desde el cielo en cataratas infranqueables, que arrastrarian y devorarian las temerarias naves que osasen acercarse á ellas. Los más instruidos, admitiendo las leyes de la gravedad y cierto nivel en los espacios líquidos, creian que la redondez del globo daba al Océano tal pendiente hacia los antípodas, que arrastraria á los buques á

playas sin nombre, pero que no les permitiría remontarla para regresar á Europa. Estas diferentes preocupaciones sobre la naturaleza, forma, extension, subidas y bajadas del Océano, constituian un terror general y misterioso que solamente el pensamiento de un genio investigador podia abordar y afrontar de hecho audacia sobrehumana. Tratábase de la lucha del espíritu humano contra un elemento, y solamente un hombre superior podia intentarla.

IX.

El invencible atractivo que el pobre geógrafo sentía hacia aquella empresa, era el verdadero lazo que le retenía tantos años ya en Lisboa, cual si esta fuese la patria de sus pensamientos. En aquella época, gobernado Portugal por Juan II, príncipe ilustrado y emprendedor, entregábase en su deseo de colonizacion, de comercio y aventuras, á incessantes tentativas navales para relacionar Europa con el Asia, y acercábase el momento en que Vasco de Gama, el Colon portugues, descubriría la ruta marítima de las Indias por el Cabo de Buena-Esperanza. Convencido Colon de que encontraría camino más ancho y directo lanzándose en línea recta hacia el Oeste, obtuvo despues de muchas solicitudes audiencia del Rey para revelar sus proyectos de descubrimientos é impetrar de él medios para realizarlos en gloria y provecho de sus Estados. El Rey le escuchó con interes, pareciéndole que la fe de aquel desconocido en sus esperanzas no estaba tan despojada de fundamento que mereciese se la considerase quimérica. Tenía Colon, además de su elocuencia natural, la elocuencia del convencimiento.

to, y con ella consiguió impresionar al Rey lo bastante para que reuniese un tribunal formado de sabios y políticos que examinase las proposiciones del navegante genoves y le informase sobre las probabilidades de su empresa. El Consejo, formado por el confesor del Rey y algunos geógrafos, tanto más reputados en la corte, cuanto ménos se separaban de las preocupaciones vulgares, declaró quiméricas las ideas de Colon y completamente contrarias á todas las leyes de la física y de la religion.

Otro tribunal de exámen, al que apeló Colon con licencia del Rey, agravó más y más la decision primera; pero estos consejeros, con perfidia que ignoró el Rey, comunicaron los planes de Colon á un piloto é hicieron partir secretamente una nave, para intentar, sin que éste lo supiese, el rumbo que indicaba hácia el Asia. Este buque, que cruzó durante algunos días más allá de las islas Azores, regresó asustado del vacío é inmensidad del espacio que habia entrevisto, y confirmó al Consejo en el desprecio de los planes de Colon.

X.

Durante estas inútiles solicitudes en la corte de Portugal, perdió Colon á su esposa, su amor, su consuelo y la que le alentaba en sus proyectos. Habiendo descuidado sus intereses por la perspectiva de los descubrimientos, se encontraba arruinado; cayendo los acreedores sobre los productos de su trabajo, se apoderaron de sus globos y mapas, y hasta le amenazaron con la prision. Habia perdido muchos años esperando inútilmente, avanzaba en edad, crecia su hijo, y solamente descubria la hor-

rible perspectiva de la miseria el que habia entrevisto un mundo para él. Evadióse secretamente de Lisboa, y á pié, sin otro recurso que la hospitalidad que encontrase en los caminos, llevando unas veces de la mano á su hijo Diego, y otras sobre sus robustos brazos, entró en España decidido á ofrecer á D. Fernando y á doña Isabel, que reinaban entonces, el imperio ó continente que habia despreciado Portugal. Y siguiendo aquella larga peregrinacion en busca de la movible corte de España, llegó á la puerta del convento de la Rábida, cerca de Palos.

Propontase ir primero á la villa de Huerta, en Andalucía, donde vivia su cuñado, dejarle su hijo Diego, y marchar solo á sufrir las dilaciones, azares y hasta la incredulidad de la corte de los monarcas.

Créese que ántes de venir á España, como italiano y genoves, creyó deber ofrecer su descubrimiento á Génova, su patria, y tambien al Senado de Venecia; pero estas dos repúblicas, ocupadas en ambiciones más concretas y en rivalidades más urgentes, contestaron á sus solicitudes con frialdades y negativas.

XI.

El prior del convento de la Rábida era más versado en las ciencias relativas á la navegacion de lo que podia suponerse en un hombre de su ministerio. La proximidad de su convento, desde el que veia el mar, al puerto de Palos, uno de los más activos entonces de Andalucía, le habia puesto en frecuente trato con navegantes y armadores del pueblo, dedicados exclusivamente á la marina. Además, mientras vivió en la capital y la corte, habia dirigido

sus estudios á las ciencias naturales y los problemas que agitaban entónces las inteligencias. Primeramente experimentó compasion hácia el genoves, pero muy pronto sus conversaciones cotidianas le entusiasmaron por un hombre que consideró desde luégo muy superior á su fortuna, viendo en él uno de esos emisarios de Dios, rechazados del umbral de los príncipes y de las ciudades, cuando llevan en manos indigentes invisibles tesoros de verdades. La religion comprendió al genio, revelacion que como la otra, necesita fieles, y el prior se sintió movido á ser uno de los fieles que participan de las revelaciones del genio, no por el descubrimiento, sino por la fe. Casi siempre envia la Providencia uno de estos creyentes á los hombres superiores para impedirles domine el desaliento ante la incredulidad, la dureza ó las persecuciones del vulgo, y estos creyentes constituyen la forma más sublime de la amistad, siendo amigos de la verdad despreciada, confidentes del porvenir imposible.

Sentiase el P. Juan Perez predestinado por el cielo para ser, desde el rincon de su retiro, introductor de Colon en el favor de la reina doña Isabel, y apóstol de su gran proyecto. Y no fué únicamente su proyecto lo que estimó en Colon, sino Colon mismo, su belleza, su carácter, su valor, su modestia, su gravedad, su elocuencia, su piedad, su virtud, su dulzura, su paciencia, la nobleza con que soportaba el infortunio, prendas todas que revelaban en aquel extranjero uno de esos séres marcados con mil perfecciones por el sello divino que impide olvidar y obliga á admirar á un hombre único. Despues de la primera conversacion, el P. Juan Perez no solamente creyó en el genoves, sino que le profesó profunda estimacion, y, cosa rara, aquella es-

timacion no se entibió jamás. Desde aquel día tuvo Colon un amigo.

XII.

Invitóle el Prior á que aceptase por algunos dias asilo para él y su hijo, ó al ménos, lugar de descanso en el humilde convento, y durante su corta permanencia en él, comunicó á sus amigos de Palos la llegada y aventuras del extranjero, rogándoles fuesen al convento á conversar con él acerca de sus conjeturas, de sus intenciones y planes, para poder apreciar si convenian sus teorías con las ideas prácticas de los marinos de Palos. Un hombre eminente, amigo del Prior, el médico Fernandez, y un habilísimo piloto de Palos, llamado Pedro de Velasco, acudieron, por invitacion del P. Juan Perez, al convento, en el que pasaron muchas veladas escuchando á Colon; y quitando aquellas conversaciones la venda de sus ojos, participaron de sus ideas con el calor de espíritus rectos y corazones sencillos, formando ese primer cenáculo donde incubaba toda fe nueva en el seno de la confianza de algunos prosélitos, á la sombra de la intimidad, del retiro y del misterio. Toda gran verdad comienza por un secreto entre dos amigos, ántes de brillar en alta voz en el mundo. Aquellos dos amigos que Colon ganó á sus convicciones en la celda de un pobre fraile, talvez le fueron más caros que el entusiasmo y aplauso de España entera, cuando el éxito coronó sus previsiones. Los primeros creyeron en la fe de su palabra; los otros no debían creer sino en la fe de sus descubrimientos realizados.

XIII.

Confirmado el Prior en sus impresiones por la aprobacion que las ideas del genovés merecian de la ciencia del médico Fernandez y de la experiencia del piloto Velasco, se apasionó, lo mismo que éstos, de su huésped, invitándole á confiarle su hijo en el convento de la Rabida y á marchar á la corte á ofrecer sus descubrimientos á Fernando é Isabel, solicitando de los soberanos la asistencia necesaria para la realizacion de sus propósitos. La casualidad quiso que el pobre fraile fuese introductor natural y poderoso para Colon en la corte de España, en la que habia vivido mucho tiempo, dirigiendo la conciencia de la Reina, y en la que habia conservado relaciones de amistad con el nuevo confesor que él mismo propuso cuando su pasion por el retiro le alejó del Palacio. Este nuevo confesor, ministro de la conciencia de los Reyes en aquella época, era el P. Fernando de Talavera, superior del convento del Prado, hombre de mérito, acreditado y virtuoso, ante quien se abrían todas las puertas de Palacio. El P. Juan Perez dió á Colon eficazísima carta de recomendacion para el P. Talavera; proporcionóle conveniente equipo para que se presentase decentemente en la corte, una mula, un gafa, una bolsa con dinero, y abrazándole en el umbral del monasterio, rogó por él y por sus proyectos á Dios inspirador de las grandes ideas.

XIV.

Penetrado de agradecimiento Colon hácia aquel primero y generoso amigo que nunca separó de él los ojos ni el corazón, y á quien atribuyó siempre el origen de su fortuna, se encaminó á Córdoba, residencia entónces de la corte, avanzando con esa confianza en el éxito que, si es la ilusion, tambien es la estrella del genio; ilusion que muy pronto iba á desvanecerse, estrella que no tardaria en quedar oscurecida.

Mal elegido parecia el momento en que el aventurero genoves iba á ofrecer un mundo á la corona de España, ocupados como estaban D. Fernando y doña Isabel, más que en pensar en la adquisicion de problemáticas posesiones al otro lado de mares desconocidos, en reconquistar á los moros su propio reino. Los musulmanes, conquistadores de la Península, despues de larga y próspera posesion, veian desaparecer para ellos una á una ciudades y provincias, no ocupando ya más que las montañas y valles que rodean á Granada, capital y maravilla de su imperio. D. Fernando y doña Isabel empleaban toda su pujanza, todos sus esfuerzos y los recursos todos de sus dos reinos unidos para arrancar á los moros aquella ciudadela de las Españas. Unidos en matrimonio político, al que sirvió de cimiento el amor y que gloria comun ilustraba, habia llevado en dote el uno el reino de Aragon, y la otra el de Castilla á aquella comunidad de coronas. Pero no obstante haber confundido por este medio sus separadas provincias, tanto el Rey como la Reina conservaban do-

minación distinta é independiente sobre su respectivo reino hereditario, teniendo consejo y ministros especiales para atender á los intereses de sus antiguos súbditos personales; consejos que solamente se fundian en uno cuando lo exigian intereses patrióticos comunes á los dos esposos y á los dos reinos. La naturaleza habia dotado á aquellos dos soberanos de cualidades y perfecciones de alma y cuerpo diversas, pero casi iguales; como para completar con el uno y la otra aquel reinado de prestigio, conquista, civilizacion y prosperidad que les destinaba. D. Fernando, algo mayor que doña Isabel, era valiente guerrero y consumado político. Cuando apénas habia llegado á la edad en que empieza á adquirirse triste experiencia para conocer á los hombres, él los adivinaba; siendo su único defecto cierta incredulidad, cierta frialdad, hijas de la desconfianza y que cierran el corazon al entusiasmo y magnanimidad. Pero si le faltaban en cierto grado estas virtudes, compensábanlas en sus consejos la ternura de alma y generosidad de corazon de doña Isabel. Joven, bella, admirada por todos, adorada por su esposo, instruida, piadosa sin supersticion, elocuente, entusiasta por todo lo grande, admiradora de los hombres eminentes, confiando en las ideas vastas, imprimia á la corte y á la política de D. Fernando el heroísmo que nace del pecho y la brillantez que brota de la imaginacion. Ella inspiraba, él ejecutaba, encontrando la Reina su recompensa en la fama de su esposo, y el Rey su gloria en la admiracion y amor de su consorte. Aquel reinado de dos coronas, que debia llegar á ser casi fabuloso para España, solamente esperaba para immortalizarse entre todos los reinados la llegada de aquel pobre extranjero que venia á implo-

rar proteccion á la puerta del palacio de Córdoba, trayendo en la mano la carta de un pobre fraile.

XV.

Habiendo leído con prevencion é incredulidad aquella carta del confesor de la Reina, solamente abrió á Colon larga perspectiva de espera, negativos de audiencia y desaliento. Unicamente en la soledad y gozando de gran quietud de ánimo, prestan oidos los hombres á los pensamientos atrevidos; en la agitacion de los negocios y de las cortes, no tienen benevolencia ni tiempo.

En todas las puertas rechazaron á Colon porque era extranjero,—dice el historiador Oviedo, contemporáneo de aquel grande hombre,—porque iba pobremente vestido y porque no traia otras recomendaciones para los cortesanos y ministros que la carta de un solitario fraile franciscano, olvidado desde mucho tiempo en las cortes.

Los Reyes ni siquiera oyeron hablar de él, burlando, por indiferencia ó desprecio, el confesor de la Reina, la confianza que en él tuvo el P. Juan Perez. Pero obstinado Colon como la certidumbre, no se alejó de Córdoba, con objeto de acechar el momento oportuno, y despues de gastar la módica cantidad que le dió su amigo el prior de la Rábida, ganó miserablemente su vida con su pobre industria de globos y mapas, teniendo siempre á la vista por este medio imágenes de un mundo que habia de conquistar. En la oscuridad de largos años de ruda y paciente vida, solamente se descubre miseria, trabajo y esperanzas defraudadas. Pero, joven sensible, amó de nuevo y fué correspondido durante

aquellos años de prueba, puesto que su hijo Fernando nació por aquel tiempo de un amor misterioso, que nunca consagró el matrimonio (1) y cuya memoria y remordimientos recuerdan tristes palabras de su testamento. Colon educó á este hijo natural con tanto cariño como á su hijo Diego.

(1) Esta afirmacion del autor es demasiado atrevida, porque, si bien no se ha encontrado partida de matrimonio de Colon con doña Beatriz Enriquez, como tampoco se ha encontrado la de bautismo del gran navegante, todo induce á creer que este segundo matrimonio se realizó.

La Reina doña Isabel, delicada en alto grado en asuntos de honestidad, nombró paje del Príncipe de Asturias al hijo de doña Beatriz, cosa que seguramente no habría hecho si el nacimiento de éste hubiese estado manchado con sello de ilegitimidad. Los Enriquez de Córdoba eran familia ilustre, aunque no acaudalada, celosos de su honra, á la antigua usanza española; y con Colon fueron á América hermanos y primos de doña Beatriz, cosa que seguramente no habrían hecho de no ser legítimas las relaciones de éste con la dama córdobesa.

Colon dió siempre el nombre de esposa á doña Beatriz, y así la llama en su testamento; y en la fundacion del mayrazgo Colombino, lo mismo llama á Diego, hijo habido en el primer matrimonio, que á Fernando, hijo de doña Beatriz.

La legitimidad de éste la han puesto en duda Humboldt y Washington Irving, quienes en cierto modo indirecto, trataron de rebajar la gloria del almirante, cuya honrada vida y morigeradas costumbres han celebrado todos los historiadores, tanto españoles como extranjeros; pero nos parece increíble, que no oponiéndose nada á su matrimonio con doña Beatriz Enriquez, no lo realizara dejando á su hijo Fernando la mancha de ilegitimidad que tan fácilmente podia hacer desaparecer.

Si estas consideraciones no constituyen prueba plena que acredite el segundo matrimonio de Cristóbal Colon, son por lo ménos indicios vehementes que nos autorizan á calificar de sobradamente atrevida la afirmacion de Lamartine. — N. del T.

XVI.

La dignidad y nobleza exterior del genoves traspiraban, no obstante, su humilde profesion, y los personajes distinguidos que se le acercaban, por motivos de su comercio científico, recibian de su persona y conversaciones esa impresion de extrañeza y simpatía, que prodria llamarse profecía eléctrica de un gran destino en el seno de humilde condicion; comercio y conversaciones que le proporcionaron insensiblemente amigos cuyos nombres ha conservado la historia para asociarlos á la gratitud del mundo futuro, citándose á Alonso de Quintanilla, inspector de Hacienda de la reina Isabel; Geraldini, preceptor de los Príncipes; Antonio Geraldini, Nuncio del Papa en la corte de Don Fernando y, en fin, el cardenal Mendoza, arzobispo de Toledo, personaje de tal importancia, que solian designarlo con el nombre de Tercer rey de España.

XVII.

Alarmado al principio el Arzobispo por aquellas novedades geográficas que parecian, sin razon para ello, contradecir las nociones sobre el mecanismo celeste que contiene la Biblia, quedó muy pronto tranquilo ante la profunda y sincera religiosidad de Colon, cesando de ver una blasfemia en ideas que ensanchaban la obra y sabiduría de Dios: y seducido por el sistema al mismo tiempo que prendado del autor, obtuvo de sus Soberanos audiencia para su protegido. Despues de esperar dos años, se pre-

sentó Colon á aquella audiencia con la modestia de humilde extranjero, pero con la confianza de un tributario que lleva á sus señores más de lo que pueden darle.

«Pensando en lo que era, — escribió despues, — confundíame la humildad; pero pensando en lo que llevaba, sentíame igual á los Reyes; porque ya no era yo sino el instrumento que Dios habia elegido y señalado para realizar un gran designio.»

XVIII.

D. Fernando escuchó á Colon con gravedad, doña Isabel con entusiasmo. A la primera mirada, á las primeras palabras del extranjero, experimentó hacia el enviado de Dios tal admiración, que frisaba en fanatismo, y tal simpatía, que rayaba en ternura. La naturaleza habia dado á Colon la hermosura que atrae las miradas y la elocuencia que granjea los corazones; pareciendo que le destinaba por primer apóstol una reina, y que la verdad con que iba á dotar á su siglo debía recibir calor en el pecho de una mujer. Esta mujer fué doña Isabel, cuya constancia en favor de Colon no flaqueó ni ante los indiferentes de su corte, ni ante sus enemigos, ni ante los reveses. Creyó en él desde el primer día y fué su prosélita en el trono y su amiga hasta la tumba.

Oído Colon, nombró D. Fernando un tribunal de exámen en Salamanca, bajo la presidencia del padre Fernando de Talavera, prior del Prado, formando el tribunal los varones de ambos reinos más versados en las ciencias divinas y humanas, reuniéndose en el convento de dominicos de la capital literaria de España. Colon recibió hospitalidad en él.

La civilización se encontraba entonces en el santuario, y de todo decidían en España los frailes y los sacerdotes. Los reyes solamente imperaban por sus actos; las ideas pertenecían á los pontífices. La Inquisición, policía sacerdotal, vigilaba, alcanzaba y hería hasta alrededor del trono á todo lo que estaba manchado de herejía.

El Rey agregó al tribunal profesores de astronomía, geografía, matemáticas y de todas las ciencias que se estudiaban en Salamanca. Aquel tribunal no asustaba á Colon, que creía iban á juzgarle sus iguales, pero que fué juzgado por sus competidores. La primera vez que compareció en la gran sala del convento, los frailes y los pretendidos sabios, convencidos previamente de que toda teoría que traspasase su ignorancia y su rutina habia de ser sueño de mente enferma ó soberbia, solamente vieron en aquel genoves oscuro un aventurero que buscaba fortuna por medio de sus quimeras. Nadie se dignó escucharle, exceptuando dos ó tres religiosos del convento de San Estéban de Salamanca, frailes oscuros y sin autoridad, que se entregaban en sus celdas á estudios que despreciaba el alto clero. Los demás examinadores de Colon le abrumaron con citas de la Biblia, de los profetas, de los psalmos, del Evangelio y de los padres de la Iglesia, pulverizando desde luego con indiscutibles textos la teoría del globo y la quimérica é impía existencia de los antípodas. Entre otros, Lactancio hablaba terminantemente en cuanto á esto en un pasaje que oponían á Colon.

«Nada hay tan absurdo—dice Lactancio—como creer que existen antípodas con los piés opuestos á los nuestros, hombres que caminan con los piés hácia arriba y la cabeza hácia abajo; que existe una

parte del mundo donde todo está al revés y crecen los árboles con las raíces en el aire y las ramas en el suelo.»

Otros doctores, tomando una metáfora poética por un sistema de mundo, citaban al geógrafo el versículo del psalmo en que se dice que Dios extendió el cielo sobre la tierra como una techumbre, de lo que resultaba, según ellos, que la tierra debía ser plana.

En vano contestaba Colón á sus interlocutores con piedad profunda, que no excluía el conocimiento de la naturaleza; en vano, siguiéndoles respetuosamente en el terreno teológico, se mostraba más religioso y ortodoxo que ellos, porque era más entusiasta de la obra de Dios. La elocuencia caldeada por la verdad, perdió toda su brillantez y apagó todos sus resplandores en las voluntarias tinieblas de aquellas inteligencias obstinadas. Solamente algunos frailes se manifestaron dudosos y conmovidos ante el convencimiento que revelaban las palabras de Colón. Diego de Deza, de la orden de Santo Domingo, hombre superior á su siglo, y que después llegó á ser arzobispo de Toledo, se atrevió á combatir enérgicamente las preocupaciones del tribunal y prestó su palabra y su autoridad á Colón; pero tan valioso é inesperado auxilio no fué parte á dominar la indiferencia y obstinación de los examinadores. Multiplicáronse las conferencias, pero sin resultado, hasta que al fin languidecieron cansando á la verdad con dilaciones que son el último refugio del error; interrumpiéndolas definitivamente la nueva guerra de don Fernando y doña Isabel contra los moros de Granada.

Despreciado, triste, desalentado Colón y sostenido solamente por el favor de la reina doña Isabel y

la conquista de Diego de Deza á su teoría, seguía miserablemente á la corte y al ejército de campamento en campamento y de pueblo en pueblo, esperando en vano una hora de atención que el tumulto de las armas le impedía obtener. Sin embargo, tan fiel la Reina al favor secreto que le dispensaba, cuanto le era adversa la fortuna, continuaba esperando mucho de aquel genio desconocido y protegiéndole; mandando destinar á Colón una casa ó una tienda de campaña en todas las etapas del ejército, y ordenando á su tesorero mantener al sabio genoves, no como á inoportuno parásito que mendiga socorro, sino como á distinguido huésped que honra al reino y quieren los soberanos conservar á su servicio.

XIX.

Muchos años pasaron así, durante los cuales los reyes de Portugal, Inglaterra y Francia, habiendo oído á sus embajadores hablar de aquel hombre extraordinario que ofrecía un nuevo mundo á los soberanos, mandaron hacer proposiciones á Colón para que entrase á su servicio; proposiciones que no aceptó en virtud del profundo agradecimiento que profesaba á la reina doña Isabel, y el amor que sentía por doña Beatriz Enriquez de Córdoba, madre de su hijo Fernando; continuando por consiguiente Colón siguiendo á la corte, y conservando á la joven Reina un imperio en cambio de la bondad con que le trataba.

Estos motivos le hicieron asistir al sitio y conquista de Granada, y vió á Boabdil entregar á don Fernando y doña Isabel las llaves de aquella ciudad, los palacios de los Abencerrajes y el alcázar de